

Fascismo y neofascismo

Desde puntos de vista liberales-progresistas y socialistas fundamentalmente se viene advirtiendo con frecuencia sobre la presencia dentro de los cuadros demoliberales occidentales de un modo de pensar y de actuar que se califica de neofascista. Ante un cierto escepticismo optimista, no raramente colaboracionista, se insiste en señalar el peligro de que el mundo occidental esté derivando hacia una imposición del llamado neofascismo.

La tesis sería la siguiente: la última guerra mundial significó, es cierto, la derrota del fascismo italiano y del nazismo alemán: fué la derrota del fascismo en un alto grado de su evolución y constituyó indudablemente un freno y un retroceso considerabilísimos para aquellos movimientos. Ahora bien, se añade, la guerra y la postguerra no superaron en absoluto el substratum socioeconómico e ideológico que había posibilitado y deseado el surgir del fascismo. Sólo la progresiva eliminación de esa situación de base habría ido logrando la desaparición del fascismo y del nazismo como fuerzas sociales operantes: ésta no se realizó más que en mínima parte y por ello el mundo occidental actual se encuentra ahora como consecuencia ante la tentación y el peligro de esta nueva forma de fascismo.

Una advertencia preliminar de carácter terminológico: el término “fascismo” —y paralelamente el de “neofascismo”— se usa como denominación general de este tipo de movimientos de extrema derecha y no sólo en referencia al concreto intento italiano de Mussolini: nazismo sería así el fascismo alemán del sistema de Hitler. A veces los términos fascismo y nazismo se usan también en algunos escritores en un sentido amplio como intercambiables, sin que ello signifique desconocimiento de sus diversas peculiaridades. Resulta preferible adoptar la palabra “fascismo” como título general y reservar la de nazismo para la “especialidad” alemana.

Naturalmente, el concepto “neofascismo” sólo puede entenderse en conexión con el concepto “fascismo”: en conexión tanto histórica como lógica o teórica. En esta breve nota se tratará únicamente de trazar un esquema claro y conciso de las características determinantes de los sistemas fascistas y en especial neofascistas.

El cuadro ideológico del *fascismo* puede concretarse en las siguientes proposiciones:

1.—Oposición al liberalismo y al parlamentarismo. El fascismo propugna la supresión de los partidos políticos y su sustitución por un partido único. Instalado éste en el poder, prohíbe la creación de cualquier otro partido político. Además, negación de la separación de poderes, abolición de las libertades liberales y paso de la representación “inorgánica” parlamentaria a una representación de carácter “orgánico”.

2.—Organización en un Estado de carácter totalitario. Control total por parte del Estado. Partido y Estado en íntima identificación. Poder absoluto y único del jefe de ambos. Organización rígidamente jerarquizada. El “Führer” o el “Duce” como encarnaciones auténticas de la voluntad de sus pueblos. La ley, el derecho, la justicia, como expresión de la pura voluntad del dictador. En la doctrina nazi se piensa que hay un “espíritu popular” que encarna en los componentes de la Comunidad, encarnación que, sin embargo, tiene lugar en grados muy diferentes: existen hombres que no encarnan en absoluto ese espíritu popular: éstos no son miembros de la Comunidad, son los enemigos que hay que eliminar. Desde aquí comienza una pirámide en graduación ascendente de identificación con el inefable espíritu comunitario hasta llegar a la cúspide que representa la perfecta encarnación, la identificación total con el espíritu popular; esta cúspide, naturalmente, es el “Führer”; su voluntad se identifica así totalmente con la voluntad de su pueblo. No hay razón para que su poder no sea absoluto.

3.—Exaltación del nacionalismo. A escala internacional la existencia de varios Estados fascistas se concreta de ordinario en la imposición de uno de ellos sobre los demás: así ocurrió respecto a los Estados y grupos fascistas europeos con la imposición de la Alemania nazi. El nacionalismo concluye para unos en servilismo y para otros en imperialismo.

4.—Exaltación del belicismo en política internacional. Vinculación al militarismo, o sea extralimitación de la recta función militar. Precisamente tanto fascismo como neofascismo se han nutrido abundantemente de los grupos de combatientes de las dos guerras mundiales.

5.—Paralelamente exaltación y uso de la violencia y del terror como medio de control en el interior. Eliminación y odio hacia las minorías disidentes: los judíos en la Alemania nazi.

6.—Carácter irracionalista de su ideología. Desprecio por la razón y el “estéril intelectualismo”. Exaltación del instinto, del sentimiento, de la voluntad. Vinculación al romanticismo. Relación con el vitalismo. Culto a la juventud. Filosofía de la acción.

7.—Concepción organicista y transpersonalista de la sociedad: la sociedad pensada a la manera de un Todo orgánico de carácter espiritual: éste sería el sentido de la teoría del Estado ético en la Italia fascista o la idea de Comunidad en la filosofía del nazismo alemán. Ante esta “sustanciación de lo colectivo” la persona humana, simple miembro del Todo, es decir del Estado, viene realmente negada en su libertad y en su dignidad. Carece de los necesarios medios políticos y jurídicos para exigir el respeto de su personalidad.

8.—Sentido “aristocrático” de la sociedad y de la historia. La sociedad tajantemente dividida entre una “masa” amorfa, impersonal, necesariamente y fatalmente irrecuperable y, por otro lado, una élite, una minoría dirigente, protagonista y privilegiada. La única función de la masa es aclamar y dejarse gobernar. La única función de la élite es tener “estilo” y mandar.

9.—Carácter profundamente capitalista de su economía. El fascismo, a pesar de su demagogia social y a pesar de que a veces se denomine nacional-socialismo, es puro producto del capitalismo y de la burguesía. Su organización sindical y su reglamentación laboral responde en el fondo a esa procedencia. Puede decirse que el fascismo es manifestación o fruto tardío del capitalismo: cuando el capitalismo no puede ya ser liberal se hace fascista, utiliza la violencia: esta es su “última ratio”. Por otra parte, el “progreso” económico logrado por los sistemas fascistas está en gran parte basado en el montaje de una gran economía de guerra que no puede dejar de conducir a ella. El fascismo representa al capitalismo conservador.

10.—Oposición al socialismo y al comunismo. El fascismo es la tentación constante para los comunistas, sobre todo para los no provistos de un fuerte sentido de libertad y de justicia social. El fascismo intenta justificarse enmascarándose en su anticomunismo, pero paradójicamente podría mantenerse con pruebas que el fascismo lo que en realidad hace es precipitar el evento del comunismo. El fascismo no sería ni la fórmula justa ni la fórmula eficaz contra el comunismo.

Podría resumirse esta enumeración de características del fascismo en la siguiente fórmula: *Fascismo es el capitalismo conservador organizado totalitariamente*. Las dos notas son imprescindibles: por ello, no puede considerarse sin más como fascista a todo conservador partidario de un sistema económico capitalista, ni tampoco a todo defensor de un Estado totalitario.

Este concepto —totalitarismo al servicio del capitalismo— es el que habrá de tomarse en consideración tanto para la determinación de los precedentes históricos de la ideología fascista — o sea el estudio de lo que se viene denominando prefascismo— como para el análisis de sus posibles formas actuales de vigencia —es decir, el estudio del llamado neofascismo.

* * *

Según esto, cabe decir que el *prefascismo* no puede ser indentificado sin más con cualquier posición histórica de carácter absolutista o tiránico. En un sentido riguroso, contrario a la trivialización del término, el concepto prefascismo viene determinado tanto por su instancia totalitaria como por su referencia a una realidad socioeconómica muy concreta, cual es precisamente la creada por el capitalismo.

El capitalismo nace vinculado al liberalismo. Sólo cuando, tras la Revolución francesa, surgen los primeros sistemas socialistas, y después como culminación el marxismo, comienza también el capitalismo a preparar su supervivencia a través de la progresiva aceptación de métodos de carácter autoritario. Mientras no hubo peligro el capitalismo fué liberal: cuando surgen los sistemas socialistas el capitalismo observa que la conservación y acrecentamiento del sistema de privilegios creado por la economía liberal sólo resulta

posible a través de una organización totalitaria o incluso mediante el empleo directo e inmediato de la violencia. Este sería el capitalismo prefascista. Junto a él subsiste una corriente de capitalismo conservador que renuncia a esos métodos y continúa vinculado a su tradición liberal.

Resulta por ello que los precedentes fascistas, el prefascismo, no puede en modo alguno remontarse más allá de la Revolución francesa y más concretamente de los primeros decenios del siglo XIX en que empiezan a surgir los idearios socialistas. Sería un problema que presentaría quizás importantes conexiones con el de la tensión liberalismo-democracia, también ampliamente debatido en esa época.

Habría que decir aquí que concepciones como el tradicionalismo y la filosofía de la reacción, a pesar de algunas similitudes con el fascismo, no son en rigor prefascistas, sino más bien "antiguo régimen" o mejor aún "nueva edad media": el enemigo de éstas es el liberalismo, el del prefascismo lo es en realidad el socialismo —en sentido amplio—. El fascismo es antiliberal porque el liberalismo ya no le servía al capitalismo.

Hasta bien entrado el siglo XIX no puede hablarse, pues, en rigor de prefascismo y más plenamente quizás sólo en la última parte del siglo pasado y comienzos del actual. Ni el antiguo régimen ni, claro está, la edad media o los pensadores y realidades políticas de la antigüedad pueden en modo alguno calificarse de prefascistas.

En la determinación de la línea prefascista debe huirse de dos extremos: uno, coherente desde el punto de vista marxista, que prácticamente acaba por incluir en el prefascismo a todos los pensadores o sistemas no estrictamente comunistas, y a veces incluso hasta a los mismos desviacionistas del marxismo. Otro, cercano a un cierto inconsciente neofascismo, es el punto de vista de aquellos que renuncian en absoluto al estudio del prefascismo por considerar, dicen, que "eso es dar demasiada importancia al fascismo" ignorando que éste no es lo que ellos imaginan, un evento casi fortuito y ocasional, creación fantástica de ciertos políticos ya desaparecidos y que además fué sepultado totalmente con la última guerra, sino, por el contrario, un importante movimiento de violenta defensa del capitalismo reaccionario que, como veremos, subsiste bajo formas nuevas en la actualidad y que, desde luego, "tiene importancia".

* * *

Se ha insistido en que el *neofascismo* debe entenderse en íntima conexión con el fascismo. Ahora habría que señalar también la necesidad de su diferenciación: fascismo no es lo mismo que neofascismo. No se trata tampoco solamente de una vuelta del anterior fascismo, de una simple y absoluta repetición: no habría entonces lugar para el prefijo diferenciador. El neofascismo mantiene, por supuesto, los puntos centrales —capitalismo y totalitarismo— y lo que pretende es precisamente aplicar estos mismos principios a la nueva situación actual: para ello ha cambiado en parte —sólo en parte— el lenguaje, los modos, las fórmulas y los métodos válidos hace treinta años e inservibles o que ya no puede utilizar hoy.

Por ello cuando se habla de neofascismo no se quiere aludir en rigor con esta expresión a la actual pervivencia de muchos antiguos nazis y fas-

cistas que no han cambiado lo más mínimo en su modo de pensar y que consideran factible una vuelta o repetición de la situación anterior, y que trabajan y ejercen su influencia en este sentido, algunos de ellos ocupando puestos importantes en los países occidentales. Igualmente cuando se habla de un posible peligro neofascista no se quiere tampoco aludir principalmente a los grupos de jóvenes nazis que con cierta periodicidad se manifiestan ruidosamente en Londres entre vivas a Hitler y banderas con la cruz gamada. Todos éstos, más que neofascistas son simplemente fascistas o nazis, viejos y jóvenes. Los neofascistas no son los jóvenes fascistas. El neofascismo tampoco es única o fundamentalmente la vuelta de los viejos fascistas.

Por supuesto, todos estos viejos y jóvenes fascistas están y estarán siempre con el neofascismo: constituyen de hecho un grupo importante como fuerzas de choque dentro del neofascismo. Pero en rigor el neofascismo es algo diferente: las nuevas características autorizan el uso del nuevo término. Quienes ven el neofascismo como una simple repetición del fascismo, repetición sobre todo de formas, símbolos, gestos o voces, niegan, claro está, que el neofascismo constituya hoy una fuerza social importante: sería, todo lo más, natural supervivencia de viejos fascistas, continuación en algunos pequeños grupos de jóvenes y el resto sólo fantasma de algunas mentes obsesionadas con la idea del fascismo. Significa esto el desconocimiento de lo que en esencia son fascismo y neofascismo, no fórmulas, uniformes o personajes, sino una ideología cuyo centro radica en la defensa violenta y totalitaria del capitalismo conservador.

Tratemos de concretar brevemente los rasgos fundamentales de la concepción política neofascista:

1.—Defensa del capitalismo conservador. El relativo bienestar interior de algunos países occidentales trataría de montarse por el neofascismo a través de una explotación a escala internacional: se desentiende por completo del problema de los países subdesarrollados.

2.—Defensa del sistema de control totalitario. Los grupos neofascistas infiltrados en las democracias liberales son conscientes de la necesidad de prescindir del totalitarismo grandilocuente, romántico, militarizado. Puede decirse que el neofascismo prescinde de lo innecesario, superfluo y espectacular del fascismo: su totalitarismo preferirá ser, mientras pueda, de carácter "técnico", evitando las inútiles violencias exhibicionistas de los fascismos. Incluso, si la situación fuese tan favorable, permitiría un cierto enmascaramiento a través de un relativo y poco peligroso formalismo pseudoliberal, siempre asegurándose el control de todo el poder. Ahora bien, —y esto es decisivo— ante el menor síntoma de oposición sería, el neofascismo no vacilará en reaccionar con el uso de la violencia o de los injustos métodos del Estado totalitario, en forma muy similar a la de los viejos fascismos. Existen ejemplos de ello en nuestros días.

3.—Consecuentemente también la ideología ha mudado de aspecto: la nueva ideología es la indiferencia ideológica. Junto a ello, la positivación, la tecnificación y los "tecnócratas" como nueva élite dirigente.

4.—Punto básico es la continua proclamación de anticomunismo. Pola-

riza el problema en dos términos: o comunismo o neofascismo (sin usar este término, claro está). Las otras soluciones vienen denunciadas como ambiguas, intermedias, "medias tintas": El estrecho anticomunismo neofascista puede verse, incluso a breve plazo, como plataforma para el comunismo.

5.—El nacionalismo del fascismo se ha concretado en el neofascismo occidental en un europeísmo conservador de carácter colonialista. Gran parte de los neofascistas son europeístas.

El neofascismo conserva, pues, los rasgos fundamentales del fascismo, añadiendo para su aplicación actual una cierta tecnificación y perfeccionamiento en los métodos. El neofascismo podría definirse como un "fascismo tecnificado".

Sin propósito de trazar el cuadro completo del neofascismo actual, el siguiente esquema podría ofrecer una idea aproximada del panorama de sus grupos más representativos:

- Viejos nazis y fascistas en países que colaboraron con el Eje en la última guerra y muy especialmente en Alemania.
- Grupos de extrema derecha no liberal actuantes en países liberales: así el MSI en Italia o las Uniones de soldados en Alemania. Puede decirse que en casi todos los países liberales funcionan estos grupos o partidos claramente neofascistas.
- Grupos colonialistas europeos: Bélgica, Francia (OAS), etc.
- Grupos racistas: Estados Unidos, Unión sudafricana.
- Grupos europeístas del tipo "Joven Europa".
- Grupos anticomunistas del tipo de la "John Birch Society" en USA.
- Países de dictadura capitalista: América del Sur y Central, etc.

A pesar de las diferencias y particularidades, puede decirse que todos estos grupos y otros similares forman un frente común de carácter neofascista. Sus posibilidades futuras de expansión dependerán en gran parte del grado de conciencia democrática, de visión social y de sentido de libertad de sus adversarios.

ELÍAS DÍAZ